

Walter Hoefler E.*

CON EL TELEFÉRICO POR LOS JARDINES DE LA POESÍA LÍRICA TICA: CONDICIONES PARA UNA LECTURA DE LA POESÍA DE COSTA RICA.¹

No soy un crítico ni un investigador con una relación intensa, profunda con la literatura costarricense, sino reciente y breve. Abordo el país y su poesía desde un trato no prolongado, pero que intenta probar la posibilidad de hacer al menos un diagnóstico inicial, por eso quizás provisional, de una relación refractaria entre las características socioeconómicas, culturales del país y cierto condicionamiento de su poesía.

Uno de los más importantes críticos e investigadores de la poesía de Costa Rica, Carlos Francisco Monge, se lamenta por el desconocimiento de ésta en el extranjero: "A diferencia de otros casos de la poesía centroamericana y del Caribe, la costarricense no ha sido objeto de verdadera atención en el exterior del país."

* Universidad de La Serena

¹ Explico y justifico el título, dado cierto sesgo frívolo, pero que intenta dar cuenta de nuestras reservas frente a una indagación, casi diagnóstico, basada en una muy breve permanencia o prolongada estadía de no más de seis semanas, una búsqueda algo frenética de publicaciones y la asistencia como observador a un congreso de literatura centroamericana, que podría ayudar a refrendar ciertas observaciones preliminares.

(Monge, 1992: 9). Una corroboración efectiva la hallamos en la *Historia de la literatura hispanoamericana* de José Miguel Oviedo, que en la parte relativa a poesía no consigna a ningún poeta costarricense, salvo mención de seis líneas a Ana Istarú, "voz intensamente erótica que sabe hablar, con detalles, de su cuerpo y sus sensaciones en todas las fases de la experiencia amorosa" (Oviedo, 2001: 469). Ya 30 años antes, en un cuadernillo titulado "*Literatura contemporánea 10: Poesía de nuestra América*" realizado por Alberto M. Perrone, supervisado por Jaime Rest, no se registraba mención a poetas ticos, como si se hacía a poetas de Nicaragua, El Salvador, Guatemala o Cuba. (Perrone, 1970). Revisiones someras y a fondo de actas de congresos, incluyendo algunas centroamericanas, insinúan esta desatención casi como una constante. Arco de treinta años entre ambas publicaciones, inclusiones o exclusiones por razones ideológicas, o si se quiere zonales o regionales, este desconocimiento también se explica por la escasa circulación y distribución del trabajo editorial costarricense fuera del país, que en el propio país sí es consistente y continua, y de muy buena calidad gráfica.

Un recuento antológico nos ratifica también la poca y escasa representatividad de ésta a nivel latinoamericano: Baeza Flores constataba la presencia de Roberto Brenes Mesén (1874-1947) en la antología de Federico de Onís; de Aquileo (1866-1909) y Lisímaco Echeverría (1875-1913) en la de Caillet Bois; Baeza Flores en la suya, ratificaba sólo a Brenes Mesén, agregaba a Carlos Luis Sáenz (1899-1983) y a Eunice Odio (1922-1974).

Aldo Pellegrini consideró sólo a Ana Antillón (1934).

Joaquín Gutiérrez y Franklin Quevedo fueron más generosos, haciendo la salvedad que antologaron y editaron lo suyo en San José. Recuento citado por (Baeza Flores, 1979: 408-409).

Aparentemente no ha habido una figura destacada, salvo el vínculo diplomático y cordial de Isaac Felipe Azofeifa (1912-1997) con Chile, o la larga estancia de Joaquín Gutiérrez (1918-2002) en éste, entre 1939 y 1973, con algunas interrupciones prolongadas, experiencia de transtierro, familiar y política a la vez.

Por lo demás, existe la tendencia a fusionar la producción centroamericana como un solo sistema ecocultural, sin hacer distinciones nacionales, pulcros o matizados. A nivel crítico, caso chileno, debe hacerse notar la atención prestada a la lírica de Costa Rica por parte de Alberto Baeza Flores (Baeza Flores, 1979), Hugo Montes (Montes, 1975) y Juan Durán L. (Duran L., 2003).

Un objetivo de esta indagación especulativa es la relación modélica estructural del sistema político y económico costarricense, opuesto última y principalmente a los modelos de Cuba y Chile, como polos de una política estatal y de una política de mercado, respectivamente extremas, entre las cuales el sistema costarricense procura equilibrar régimen de mercado e intervencionismo compensatorio o equilibrante. Sin embargo, no puede dejar de apreciarse, a la luz de las experiencias comparativas, y de los excesos de uno u otro modelo, un acercamiento correctivo manifiesto, en una u otra dirección. En tal sentido aproveché la oportunidad de asistir a la presentación de Carmelo Mesa-Lago, *"Buscando un modelo económico en América Latina: ¿Mercado, socialista o mixto? Los casos de Chile, Cuba y Costa Rica"*. Dicha formulación provocaba la inquietud por las posibles implicancias y asociaciones que se pueden establecer entre los modelos económicos y los modelos literarios, en especial el desarrollo de modelos poéticos. Sabemos que estos no pueden ser reflejos condicionados, directos, causales, especulares, sino al menos fractales y en que sus principios se desfiguran dadas las conversiones particulares que se ejecutan al pasar de un código a otro, y sin embargo, no dejan de ser razones

conductoras o interrogaciones válidas en un marco general de entrada. Un rol no poco importante juegan los modelos, casi imperativos, en la producción y distribución de los textos. Tanto Cuba como Costa Rica coinciden en un centralismo y proteccionismo editoriales, que impulsa a mantener al libro lejos de los vaivenes del mercado o de un peso tributario excesivo, pero esto se podría compensar o pagar con cierto conformismo o adecuación fácil, y quizás oportunista, a las líneas políticas más oficiales.

¿La incidencia del turismo, dado el énfasis puesto, tanto en Cuba como en Costa Rica, no podría provocar incluso acercamientos al modelo de los países clientes? o ¿la publicidad turística orientada a exaltar las bondades y bellezas del entorno, a sabiendas de que se juegan en ello grandes cantidades de recursos, no orienta y exalta, con recursos técnicos a veces sobredimensionados para los medios del país, hacia una presentación selectiva, ideal, de imágenes protegidas, técnicamente impecables, estableciendo una suerte de censura sobre las capacidades de representación del código verbal poético?

Si yo fuera poeta tico o cubano no sabría como sobrepasar poéticamente la representación de lo natural de esa publicidad. Es cierto que esto obvia la reiteración o entrega a un paisajismo estéril y obliga por otra a extremar los recursos críticos y polémicos del discurso poéticos en relación a estos mismos temas. Quizás esté dando con ello respuesta a una carencia de la vivencia paisajística, no manifestada en la lírica, del mismo modo como se manifiesta en una fetichización artesanal o pictórica del asunto selvático o indígena, de una producción destinada al consumo turístico. Pero es también posible que el discurso lírico, sobrepasado por la competencia técnica de otros medios, intente entonces buscar sus temas en las propiedades del lenguaje, en la crisis de las representaciones, en la interrogación moral o

moralista, cuando no en dimensiones de las identidades nacionales convencionales, pero privilegiando sus dimensiones discursivas.

Sabemos que las sociologías literarias parten de un *a priori* de la relación entre estado, sociedad, nación, forma de gobierno, doctrina económica, ideologías dominantes o dominadas. Esta presunción es su fundamento al mismo tiempo que su aporía o una restricción que predispone en muchos casos a la pertinencia fácil, a la explicación meramente causal. La pertinencia de la sociología hoy se orienta a establecer vínculos más amplios con conceptos efectivamente acuñados como con conceptos módicos, difusos, hasta livianos: desde el imperio, el proceso de modernización, hasta la globalización

Un aporte de mirada original puede disponerse a partir de una opción comparativa, observar si las tendencias generacionales responden a los mismos requerimientos modales, a las refracciones sociopolíticas, a fenómenos de condicionamiento o dependencia globalizados. No cabe duda que un fenómeno común es la recepción de las políticas de la guerra fría, en especial la política exterior norteamericana abierta y declarada, tanto como su política encubierta, aunque en los tres casos hubo una menor incidencia de las tendencias expansivas soviéticas, que más a nivel ideológico pudieron tener cierta resonancia. Podemos aceptar la sugerente propuesta de Jacobo Schifter que señala que en Costa Rica tuvo Estados Unidos un primer interlocutor nacional con gobierno izquierdista. (Schifter, 1986). Justamente una precedencia que en este caso resulta significativa, dado nuestro punto de observación desde un país tardíamente intervenido, confrontado además con otro permanentemente bloqueado. Otra es la dependencia comercial y la sensibilidad de países monoprodutores frente a las crisis internacionales, las que hoy día se neutralizan a través de una mayor diversificación productiva o de un fortalecimiento del mercado interno.

Nuestra fuente principal es la *Antología crítica de la poesía de Costa Rica* de Monge (Monge, 1992), útil porque aparte de establecer un canon crítico, recoge una muestra bibliográfica significativa de literatura secundaria y que ratifica la preeminencia de las lecturas nacionales y periodísticas, antes que la recepción académica consistente. ¿A qué responde una antología crítica? El espacio y momento en que se plantea su necesidad no coincide necesariamente con su aparición. Un trabajo de recopilación de esta índole toma, calculo por lo menos cinco años. La decisión tiene que ver probablemente con la ausencia o precariedad de una canonización anterior o con la necesidad de incorporar agrupaciones innovadoras dejadas fuera o porque efectivamente ha ocurrido algún evento significativo, innovador, modificador de los parámetros culturales vigentes, en fin eso que se conoce como cambio del paradigma o quizás se trate sólo de un proyecto de sistematización.

El único hecho insoslayable en la década anterior fue la guerra de Nicaragua y la expansión globalizante, tanto de los nuevos sistemas de comunicación como de las doctrinas económicas neoliberales, aunque esto suene a lugar común, porque precisamente se ha transformado de hecho político o histórico, en opinión común.

Una queja indirecta, apenas soslayada en algún artículo (Villalobos, 2000) o en alguna explosiva ponencia, es la de una oficialización cultural a partir del 48, en cierta imposición de un canon y de ciertos modelos ideológicos que se acogen y aceptan tácitamente. Los poetas y críticos jóvenes también parecen quejarse de cierta monopolización de la burocracia cultural que maneja concursos, jurados y líneas editoriales, un efecto de este intervencionismo correctivo. A nivel nacional fue efectivamente la guerra civil o conato de guerra civil del 48, lo que dejó en el país más honda huella. Paralelamente el desplazamiento de las actividades productivas tradicionales, una economía exportadora de cacao, de café y de banano, en este orden sucesivo, que entran

en crisis, pasan secundariamente a coexistir con una apertura al turismo y a un cierto internacionalismo funcionario, Costa Rica como enclave de organismos internacionales. Esto último se remarca y refuerza a partir de la definición recurrente de la excepcionalidad del país (Molina, Palmer, 2002: 121-122).

Costa Rica se ofrece hoy al visitante como un paquete turístico centrado en su biodiversidad, en especial la riqueza de su fauna y flora y de la convivencia cercana, segura y cómoda, al alcance del viajero relámpago, de los contrastantes matices de la selva tropical. Esa selva no concuerda con una exuberancia barroca o telúrica, fractal o resonancia mágica en su creación poética. El poeta no incluye lo que ve cotidianamente, antes lo soslaya u oblitera, insinúa o reprime, por lo demás el poeta vive en las ciudades, demográficamente de relativa estabilidad, y donde la excepción la constituye quizás la inmigración intensa desde Nicaragua.

Lo del turismo es hoy central para la economía tica, incluso la conversión a espacio turístico, anticipada o ratificada por algunas escenificaciones de las aventuras de Indiana Jones o las reconstrucciones jurásicas de Spielberg, se han tornado imprescindibles. En algunos lugares se esgrimía como una suerte de publicidad adicional el haber servido de escenario a alguna cinta intrascendente. Sería interesante verificar ¿qué rol han jugado estas cintas en la proyección imaginaria americana o europea de la geografía del país? ¿Promesa de una aventura controlada o de un enclave tranquilo de la guerra fría o de otras ofertas más oscuras para el turista no tan inocente?

Concluimos adelantando que la poesía tica, antes que promesa o ratificación de lo anterior es un jardín de formas, de cultivos previsibles. El propio Monge promete investigar la vanguardia, partir de su inexistencia antes que ratificar arrestos revolucionarios y provocaciones publicitarias. Se constata en las historias o en los textos la ausencia de una vanguardia efectiva, de

un movimiento literario trascendente, ratificado esto por la inexistencia de alguna figura excepcional como ocurre con Cardenal en Nicaragua que se formula sobre el horizonte de un Joaquín Pasos, de José Coronel Urtecho o de Pablo Antonio Cuadra, entre otros. Aunque quizás el único otro mito poético centroamericano sea el de Roque Dalton, poeta capaz de refundar una tradición aunque inestable.

Generacionalmente, en especial aquella agrupación que en Chile se entendería como del cincuenta y parcialmente en la llamada de los sesenta, parece haber una fractura tanto de niveles de tratamiento de lo real como de opción ideológica. Hay quienes abominan o se distancian del exteriorismo nica que consideran facilón o superficial y proponen un trascendentalismo programático, que recoge tanto una vertiente metafísica, imaginativamente proyectada hacia lo alto, como una orientación metapoética. Este trascendentalismo parece algo voluntarístico, conciencia quizás de cierto conservadurismo, de un discurso morigerador que predica la excepcionalidad conformándose en el caso de la poesía como un lastre, como una desmotivación, una falta de estímulo. ¿No resuena esto en la poesía de Istarú, en su poema más emblemático, como una protesta sorda contra este conformismo?:

Este país no es nada, no hubo nunca
este país no ocurre
está en el sueño.

(citado de Monge, 1999:338)

Los investigadores domésticos como Monge o Villalobos proponen códigos ideológicos para clasificarlas: una de estas vertientes es ese trascendentalismo, que al parecer se opone tanto a la poesía social, panfletaria como al exteriorismo nicaragüense, su referente vecinal. Estas vertientes al parecer no implican líneas de adhesión o tendencias generacionales, sino que se manifiestan

incluso dentro de una misma generación. Un aspecto significativo, aunque aparentemente casual de coincidencia entre el desarrollo de la poesía chilena y la costarricense es la manifestación de propuestas descentralizadoras, regionales: en su momento el grupo de poetas de Turrialba, en torno a Debravo en los sesenta; y la convocatoria de poetas jóvenes que se reúnen en San Ramón en febrero del 1996, conforme a lo que refiere Carlos Manuel Villalobos (Villalobos, 2000: 89-90). Si bien es cierto que también en Chile hay una continuidad no polémica entre la generación del cincuenta (1957 en la nomenclatura de Goic) y la de los sesenta (1972 para el autor citado con validez principal para la narrativa), manifestado incluso en el homenaje que le rinde una a la otra en Valdivia, en 1965; también en Costa Rica pareciera haber una adhesión no polémica, explicable quizás por la presencia y magisterio poético de Debravo, quien recoge y es capaz de conciliar la lírica comprometida de la revolución, con la lírica reformista, impregnada de cierto humanismo postconciliar, entre la indignación y la fraternidad.

Un intento por establecer un marco referencial, histórico o una relación de causalidad, de especularidad, de refracción o de mero indicio entre los productos culturales, en este caso, la poesía, y el desarrollo económico, social, cultural, étnico e incluso afectivo, si se puede hablar de afectos colectivos; resulta más que dudoso, dada esta mirada pretendida y efectivamente advenediza. Al menos una consideración debe hacerse: el hecho de que Costa Rica opere y haya operado como el último baluarte del estado protector o subsidiario, habiendo asumido la economía de mercado, también bajo la presión de eventuales tratados con Estados Unidos, ha mantenido ciertos cauces de protección social, frente a Chile en que se ha aplicado más radicalmente una economía de mercado, y a Cuba que continúa siendo una economía centralizada, estatal. Se constata que Costa Rica mantiene una política editorial bajo control estatal o de sus universidades centrales, principalmente la de la Universidad de

Costa Rica y la de la Universidad Nacional. Esto garantiza cierta continuidad, pero también cierta tendencia a acogerse a un manto oficialista, de conformidad con una política cultural de consenso.

No puede tampoco ignorarse que la fundación del estado-nación fue llevada a cabo por la burguesía nacional cafetalera, mientras que la explotación del banano se internacionalizó por el control transnacional principal de la United Fruit Company. Esta tardía formación del aparato estatal, consolidada ya la independencia, explica la menor vigencia de la tradición cultural española, por ejemplo, pero también el posible salto elusivo de un diálogo polémico con ésta. Pero otros conflictos eventuales fueron evitados mediante hábiles tratados con los Estados Unidos, obligado a respaldar a esta suerte de enclave singular. Llegado el caso de la amenaza, de un conflicto geopolítico de mayor envergadura, fue el propio país el que resolvió su problema. La intervención comercial norteamericana, sin descartar los intentos de control de todo el subcontinente, desde Walker hasta Keith, por vía militar directa o indirecta, se evitaron en Costa Rica por una intervención radical, rápida y aparentemente efectiva de la propia burguesía local, a través de la guerra civil acaudillada por Figueres. No puedo dejar de sospechar de ciertas secuelas traumáticas, pero que al menos se vieron neutralizadas por una acción insólita: la supresión del ejército nacional, quizás por la sutil necesidad de no dar justificaciones a ningún enemigo potencial, interno o externo, además evitando los focos de disidencia cuartelaria, tanto o más desestabilizadores para una clase económica cuyo control podía ejercerse manejando más eficazmente una policía fortalecida y omnipresente en todo el territorio.

¿Podemos hacer un análisis representativo de las tendencias de la poesía costarricense sólo mediante la lectura de una representatividad filtrada como la de Monge?

Se sospecha al menos que la tendencia selectiva va a reafirmar una tradición de adhesiones, en este caso ratificar el trascendentalismo al que se suscribe Monge. Podríamos ponerlo a prueba justamente revisando la poesía del poeta más eminentemente social o de sensibilidad y solidaridad social extrema, que es Debravo. Efectivamente, Monge conserva la impronta social, fraternal de Debravo y no selecciona principalmente poemas que encarnen o se hagan cargo de poéticas, una de las vertientes trascendentalistas, así como la otra es el proyecto metafísico o los temas más abstractos, pero sin embargo adhiere con su firma al manifiesto trascendentalista. El caso de Debravo es también singular por el éxito editorial y de llegada de su poesía, la que alardea de cierto talante convencional, emocional antes que hermético o de asumir dificultades discursivas o siquiera de ironizar. Es una poesía de llamados, de ahí que sea característica la invocación colectiva o la denominación de "hermanos" para su destinatario ficcional, oponiéndose así a un poeta como Albán con un enunciado titular como "El tiempo es un tema azul," formulación simbólica que pareciera pretender singularizar quizás irónicamente cierta preocupación metafísica o idealista de la poesía y frente a lo cual también opone Istarú su poema "este país está en el sueño".

Poco se habla en el país de la guerra civil del 48 y si ésta produjo situaciones traumáticas, está aún cercana la llamada década perdida, a la que se suscribe la poesía diezmada o dispersa (Jiménez, 1982). Es ésta la de la guerra en Nicaragua y en la que Costa Rica sirvió como de borde de cancha, trasladándose por lo menos el debate a sus fronteras o a sus instancias culturales. Aquí habría que determinar tanto las huellas que dejan los acontecimientos del 48 como los del 80. Los acontecimientos del 48 obligaron a una definición interna, aunque resulte difícil desde fuera definir si la asonada casi incruenta de Figueres fue una instrumentalización de la Guerra fría, una tardía y póstuma aventura facistoide, cercana a la del justicialismo argentino o una

mezcla del americanismo bolivariano aprista aplicado a un movimiento de corte nacional, de apoyo forzado y necesario al anticomunismo norteamericano, o una forma de tomar el control por parte de la burguesía cafetalera, manteniendo así sus fueros, ante la doble amenaza externa, acostumbrados por las negociaciones y alianzas de la preguerra a debatirse entre dos bandos: entre proaliados y proeje, luego entre proamericanos y prosoviéticos. Remito aquí al bien documentado texto de Jacobo Schifter (Schifter, 1986).

A partir de la lectura he estimado una selección más estrecha de juicios sobre algunos poetas teniendo estos una representatividad generacional (1938, 1951 y 1960, fechas de nacimiento) de orientación temática (política, metapoesía y erotismo femenino) de representatividad genérica (dos hombres y una mujer).

EL CASO DE JORGE DEBRAVO.

Debravo nació en Turrialba en 1938, de vida breve, intensa, muere en 1967. Sus seis primeros libros se recogen en una edición integradora bajo el título de *Milagro abierto*, en 1969, para luego reincidir con *Nosotros los hombres*, de 1966, último título en vida que anuncia y se compromete con una visión solidaria y colectiva.

Teniendo en cuenta y en reserva esto no puede dejar de llamar la atención el éxito editorial interno del poeta Jorge Debravo (1938-1967) en la década de los sesenta y su prolongación y sobrevida. Esta es poesía social, lisa y llana, poesía de la solidaridad, antes que de la compasión. La poesía y el lenguaje como materia no cuestionable, simplemente al servicio de una idea moral, de una idea de redención, de cambio, de corrección de la vida injusta. Por cierto hay en todos nuestros países una tendencia de una mitad de la población a reconocer esto como poesía, mientras la otra mitad opta por el sentimentalismo y las emociones afectivas, y sólo cierta elite

intelectual alterna sus preferencias entre lo metapoético, el cuestionamiento de la capacidad crítica y referencial del lenguaje, o su capacidad para acceder a zonas oscuras, soslayadas, límites de la experiencia humana. La poesía de Debravo desborda justamente el adjetivo humano, así también como una ingenua y proyectiva visión americanista. El diluvio postmoderno es el diluvio del lenguaje. El trascendentalismo se refiere a esta proyección prohumanista de la poesía, humanismo que por su insistencia podría fácilmente transformarse en un sentimiento kitsch, sólo de superficie, de apariencia, de adhesión oportunista o de reiteración retórica, a la vez que se entiende que la poesía no es un fin en sí misma, sino una operación redentora. Aquí tengo la sospecha que juega un cierto rol la necesidad de conciliar el pensamiento cristiano postconciliar: de redención y con un cierto pathos filial, con el pensamiento marxista que exalta un telos de mejoramiento social, pero al mismo tiempo entreve la sociedad como una sociedad de diferencias conflictivas. A diferencia de la vertiente coloquialista de la poesía continental Debravo no parece asumir un tono rupturista, oral o coloquial que se acerque a algún ideolecto o variante diastrática, sino que al parecer, como condición de cierto acercamiento, asume cierto clasicismo convencional, cercano a un validamiento escolar:

Oír eso a veces
la llevo al campo,
le cuento historias
de niños sanos
de ancianos dulces,
de lindos ranchos.

(Debravo, 2001: 64).

Tampoco hay en Debravo un compromiso histórico efectivo o concreto con alguna circunstancia. Ciertamente la fase que le tocó vivir no fue la menos conflictiva, entre el golpe de 1948 y la

revolución cubana, pero no hay un pronunciamiento explícito sobre ello. Compromiso fraternal y solidario sí, con una suerte de humanidad esencial, pero no apegos coyunturales con la historia explícita. Hay declaraciones y arrestos de poesía nueva, pero no hay gestos vanguardistas: "prefiero la simpleza que la pedantería", "no me gustan los poetas ininteligibles" (Debravo, 2001: 43). Sus opciones, insistamos, son morales, antes que estéticas. Quizás estas orientaciones, concordantes con la política oficial del país, expliquen su aceptación, la generosa recepción que lo acoge casi como un poeta nacional, entre el sacrificio y el reclamo conformista, y su más mezquino reconocimiento continental.

CARLOS FRANCISCO MONGE.

Nacido en 1950, es al mismo tiempo poeta e investigador destacado de la literatura poética costarricense. Profesor en la Universal Nacional, es el autor de tres libros significativos: *La imagen separada*, 1984, *La Antología crítica de la poesía de Costa Rica*, 1993, y *La rama de fresno*, 1999, en los que intenta desarrollar una propuesta sistemática de las letras ticas.

Poeta y crítico, dualidad practicante que parece recurrente y justificada, podría también despertar la sospecha de una instrumentalización recíproca. En el mejor de los casos se trata de una derivación e implicancia lógica que se articula y potencia necesariamente. En el peor de las casos la crítica le otorga al poeta también un valor adicional de juicio, es decir de juez o de arbitro, que lo torna necesario, pero al mismo tiempo podría ser la base de un principio de corrupción y de implicancia mañosa. Confieso que aquí estoy considerando los umbrales y antecedentes preliminares a una consideración de sus textos. No lo conocí, sólo tuve dos encuentros más o menos distantes con él. Una conferencia académica en la que fue el único que se pronunció con vigor y retórica en contra de las justificaciones de la guerra de Irak (febrero del 2003) y en contra de un imperialismo agresivo. Una

noche, deambulando, se nos cruzó en la penumbra de una calle herediana. Quizás fue una ocasión perdida de haberle hablado, pero por otra parte me conforma partir de una mera consideración de textos y de datos filtrados.

Su libro *Enigmas de la imperfección* (Monge, 1992) ofrece quizás una posibilidad de caracterizar sus opciones más recientes. Libro dividido en cuatro secciones que insinúan una cercanía antes con la tradición literaria española, dado el parafraseo de sus títulos: “Coplas a la suerte de mi padre”, “Profanación del Quijote”; también una cierta reiteración metapoética “Nuevas instrucciones para escribir un poema”. Este último se plantea como un recetario y una elaboración que incluye factores convencionales: “abrirle una ventana a la hermosura”, “INGREDIENTES: deseos, / fantasmas y fervores, / un piquín de tristeza,..” (Monge, 1992: 90) para finalmente rematar en la necesidad de atender principalmente al lenguaje: “No olvidar lo mejor: / palabras y palabras y palabras.”, que aunque un final sobrio y graduado, no ofrece sorpresas ni singularidades. En síntesis, la “imperfección” no presenta “enigmas”, salvo aquellos que pretende sugerir, aunque preferiría llamar al poemario: “Los problemas de su perfección.”

Es probable que estas opciones tengan que ver con vínculos académicos, el desarrollo de su tesis en Madrid, parecieran aquí determinar la familiaridad de su poesía con la tradición hispánica, que antes nos había parecido esquiva.

ANA ISTARÚ.

Imposible evitar una consideración de la poesía y de la poética de Ana Istarú. Así como no la pasó por alto Oviedo (Oviedo, 2001: 469), tampoco lo pudo hacer este lector desprevenido. Su seudónimo, el nombre de un volcán, nombre indígena y de la catástrofe más pasional, la más parecida al enojo de los dioses, es vocación de confluencia. Como todo seudónimo

es intervención también de la identidad, la identidad se hace. A su modo hay en esto una poética. Istarú no abandona la apuesta de Debravo, pero la ahonda parcializándola en el ser mujer, una reorientación ideológica del fracaso reformista, un repliegue del alma política al cuerpo físico, precariedad del espacio escritural que se vuelve sobre la piel. Esto es tradición tica: de Odio a Dobles, incluso se desborda en escritura de varones. Asombra en ella la proximidad epidérmica, la vocación eruptiva, la antorcha erótica que recoge o toma de Eunice Odio, oxímoron nominal de otra gran poeta del amor tico, desterrada, aunque en las antípodas políticas de Istarú, ésta, la voz y figura más exitosa, dadas sus ediciones, su acogida en la serie Visor (Istaru, 1991). El prologuista Ricardo Bada luego de verificar mi misma desolada ignorancia previa de la literatura tica, anticipa, y yo remedo su admiración sin fondo, que lo lleva, dice, a incluir un libro completo en una antología que le han encargado. Ana Istarú es, eso sí, más convincente leyendo, su competencia actoral potencia los textos, su presencia podría obviar cualquier traspies diccional. Otro atractivo de su poesía es la conciliación o integración crítica de las postulaciones revolucionarias de la guerrilla o del sandinismo, vista como la penúltima revolución justa en general, y aunque Istarú no lo reivindique explícitamente, con las reivindicaciones y reconstrucciones del feminismo, pero de un feminismo de la diferencia a la vez que de la solidaridad y en que el combate erótico, es objeto de una negociación concesiva desde la voluntad femenina. Un feminismo crítico no puede ignorar que el patriarcado también contamina a las izquierdas, cuando no por razones de militancia y de activismo, incluso lo potencia y magnifica.

Un aspecto que se destaca en la poesía de Istarú es su consecuencia, entendida como continuismo, pero también como adhesión coherente y racional a principios que se sostienen a lo largo del tiempo. Ya en su obra inicial, precisamente en un poema recogido por Bada, como inicial, y titulado *Autobiografía* se

define la trayectoria, el énfasis de su posterior evolución o desarrollo:

Un destello de soles, instantáneo,
ciego, será mi cuerpo

(Istarú, 1991: 13).

Efectivamente, el territorio de su poesía será el cuerpo, cuerpo asumido como geografía y centro planetario, lo que explica por otra parte el hecho de que su proyectiva consideración del país lo proyecte oníricamente: "Este país está en el sueño", vivo mi país interiorizado, satelizado desde mi dependencia corporal como único centro, lo que le concede a éste una dimensión moral, además de plataforma gnoseológica incuestionable, aunque es también una crítica al conformismo, a la llamada excepcionalidad.

Istarú, por eso, y a diferencia de Debravo se compromete nominalmente con ciertas causas, más allá de su impronta corporal y de un erotismo que se ofrenda y se negocia con el cuerpo propio y de igual a igual con la genitalidad masculina, no soslaya, no disimula de que se habla.

Pero renuncio a ser la moribunda
ya no seremos los jardineros
los olvidados secretamente
por el curso de las cosas
el país de nadie sabe/allá a lo lejos
al borde opuesto de la guerra
aquel edén de incertidumbre...

(Istarú, 1991: 113)

Poema en diálogo serial con "Este país está en el sueño", a la vez que distanciamiento del jardín de las formas, apuesta por un

vanguardismo natural, renunciando a las palabras para trasladarse aparentemente al imperio de los sentidos.

BIBLIOGRAFÍA.

- Aguilar, Alma Rosa (1986), "*La estación de fiebre: Dificultades de un discurso erótico*", en: *Letras 18-19* (Heredia, Costa Rica), julio de 1986-diciembre de 1986, 97-109.
- Azofeifa, Isaac Felipe (1994), *Poesía reunida*, San José, Editorial Costa Rica.
- Baciu, Stefan (1976), "Jorge Debravo, El arte de sollozar" en: *Costa Rica en seis espejos*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, (Colección Nos Ven), 101-121.
- Baeza Flores, Alberto (1979), *Evolución de la poesía costarricense*, San José, Editorial Costa Rica.
- Debravo, Jorge (2001), *Milagro abierto*, 4ª . ed., 2ª. reimpr. , San José, Editorial Costa Rica.
- Debravo, Jorge (2001), *Nosotros los hombres*, 5ª. ed.,3ª. reimpr. San José, Editorial Costa Rica.
- Dobles, Julieta (1999), *Los delitos de Pandora*, 2ª. ed., San José, Editorial Costa Rica (Colección Autores Costarricenses del Siglo XX).
- Durán L., Juan (2002), "Derrota de la imperfección", en: *Ancora, La Nación* (San José), 24 de noviembre.
- Durán L., Juan (2003), *Senderos de identidad*, San José, Editorial Costa Rica.

- Herra de Rodríguez, Mayra (1980), "Carlos Francisco Monge, *Reino del latido...*" en *Kañina* 1 (San José, Costa Rica), 132-133.
- Istarú, Ana (1991), *La estación de la fiebre (y otros amaneceres)*, Madrid, Colección Visor de Poesía.
- Jiménez, Carlos María, Bustamante, Jorge y Gallardo, Isabel C. (1982), *Antología de una generación dispersa*, San José, Editorial Costa Rica.
- Molina, Iván y Palmer, Steven (2002), *Historia de Costa Rica: Breve, actualizada y con ilustraciones*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Monge, Carlos Francisco (1992), *Antología crítica de la poesía de Costa Rica*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Monge, Carlos Francisco (2001), "El estante vacío. (Reflexiones sobre la poesía contemporánea)" en: *Letras* 33 (Heredia), *Revista de Literatura y Ciencias del Lenguaje*, Universidad Nacional, 5-20.
- Monge, Carlos Francisco (2002), *Enigmas de la imperfección*, Heredia, Editorial de la Universidad Nacional.
- Montes, Hugo (1975), *Ensayos estilísticos*, Madrid, Editorial Gredos, (Marchena, 120 -127; Debravo, 127-133; Azoifeifa, 133-141).
- Oviedo, José Miguel (2001), *Historia de la literatura hispanoamericana. 4. De Borges al presente*, Madrid, Alianza Editorial.
- Perrone, Alberto M. (1970), *Nueva poesía de América*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. (*Literatura contemporánea* 10).

Rojas, Margarita y Ovarés, Flora (1995), *100 años de literatura costarricense*, San José, Ediciones Farben.

Schifter, Jacobo (1986), *Las alianzas conflictivas*, San José, Libro Libre.

Villalobos, Carlos Manuel (2000), "Trascender: un dilema para la poesía costarricense", en: *Istmica* 5-6 (Heredia, Costa Rica), Universidad Nacional, 89-93.